

# Mi historia de ida y vuelta

Félix Carreto Martín

Ignoro si cuando nací en 1947, en La Zarza de Pumareda (Salamanca), lo hice con la predisposición genética para emigrar. Digo esto porque un hermano de mi abuelo materno hacia 1919, emigró a la Argentina, como tantos otros del lugar. Otro hermano de mi abuelo paterno lo hizo a Brasil. Ninguno de los dos regresó. A finales de los años cincuenta, una hija de mi abuelo materno emigró a Francia y en Paris permaneció diez años hasta que el destino la trasladó a la Argentina para gestionar con su marido, la herencia del hermano de mi abuelo que había hecho una pequeña fortuna y que murió de repente sin dejar herederos directos ni testamento. El capital amasado se esfumó prácticamente entre los despachos de abogados y la parte que se llevó el Estado. En 1960 mi padre emigró a Francia y en Paris donde aún vivía la hermana de mi madre, antes de viajar a la Argentina, trabajó cuatro años teniendo que regresar por las complicaciones derivadas de la separación familiar, pues mi madre tenía que asumir sola la carga de atender a los nueve hermanos que éramos por aquel entonces. Al año siguiente emigró a Paris mi hermana mayor con dieciséis años. Atrás quedaba la emigración hacia Iberoamérica, iniciándose en torno a los 60, la europea. En mi pueblo donde las piedras, rocas y matorral abarca prácticamente la mitad del terreno plagado de minifundios, con la mayor tasa de población en 1960, los jóvenes se vieron abocados a emigrar masivamente hacia Barcelona, Bilbao y Madrid y tres o cuatro familias hacia el extranjero, básicamente a Francia.

Mis padres se mudaron a Vitigudino, a unos treinta kilómetros, con el fin de procurarnos algún empleo en los numerosos servicios de la localidad. Yo comencé a trabajar a los dieciséis años en una pequeña fábrica de muebles. Corría el mes de enero de 1967 cuando me alisté, a los diecinueve años, en una expedición para trabajar en Suiza, con el fin de ayudar económicamente a mis padres y hermanos, pues ganaría tres veces el salario que percibía entonces. Con Pascual, vecino de la misma localidad, cinco años mayor que yo, tras pasar la revisión médica en Salamanca (pues la vista, el oído, la dentadura... todo el organismo debía de estar en perfectas condiciones), nos dirigimos a la estación

de ferrocarril con el grupo y el jefe de la expedición. A las dos de la tarde una locomotora de vapor nos llevó hasta Ávila. Allí engancharon otra eléctrica que nos condujo hasta Madrid donde llegamos a la estación del Norte hacia las nueve de la noche. En fila india recibimos la cena, que era una bolsa con una lata de sardinas, un bollo de pan, dos filetes duros como suelas de zapato que, a decir de un experto del campo, eran de burro, y una naranja. Desde allí nos trasladamos a la estación de Atocha para dirigirnos a Barcelona. El tren era una tasca ambulante y la euforia reinaba en cada compartimento: en uno se cantaba “Asturias patria querida”, en otro la “Riancheira, oh Rianxeira”; en la mayoría las partidas de cartas alternaban con los contadores de chistes en un ambiente de humo y olor a vino. El jefe de la expedición nos había advertido: “¡ojo con el alcohol!, no quiero ningún borracho”. En este viaje hubo dos momentos que me impresionaron: cuando el tren se asomó desde lo alto de la sierra de Madrid, recién caída la noche, al inmenso océano de millones de luces que a lo lejos se vislumbraban, cuyo resplandor formaba un halo encantador en el cielo anunciando la proximidad de la capital; y la inmensidad del mar Mediterráneo que descubría en la costa tarraconense, con sus reflejos niquelados, grises lechosos y rosáceos que, a ráfagas, los rayos del sol naciente imprimían al baile sereno de las olas.

Tras veinticuatro horas de viaje llegamos a Barcelona. Comimos en la estación de Francia, en un espacio habilitado para nosotros. Hubo un pequeño incidente ya que dos compañeros de viaje quisieron acariciar a dos perros que acompañaban a una señorita que tomaba un aperitivo en la terraza de la estación, cuando estos se encabitaron y el ladrido alertó a la policía que, altanera y prepotente, trató a los jóvenes de pueblerinos amenazando con detenerlos (eran tiempos de dictadura). Salió al paso el jefe de la expedición preguntando a los policías si ellos no eran también pueblerinos, y allí acabó la historia. Cuando bordeábamos la costa de Gerona, la gente se paraba para ver aquel tren repleto de jóvenes eufóricos, asomados a las ventanillas para despedirse de gentes que no conocían y lanzar algún que otro piropo, no siempre cortés, a las jóvenes.

Llegamos ya de noche a Cervera, la aduana francesa. Subimos al tren francés que nos conduciría hasta Ginebra (Suiza). Atrás quedaba España y eso se notaba, sobre todo por la comodidad del nuevo tren. Disponía de una potente calefacción; en los pasillos y compartimentos había cuadros con fotografías de paisajes y el retrete hasta olía bien, pues además de estar bien aseado y reluciente, unas pastillas redondas y gruesas como el jabón perfumaban el ambiente. “Yo creo que hemos acertado al emigrar a países más avanzados y prósperos que nuestra querida España”, le dije ufano a Pascual que asentía sonriente. Hacia las cinco de la mañana, después de cuarenta horas largas de



Mi pasaporte. En esta página, arriba a la izquierda, figuran unas cifras que anotó un policía secreta como amenaza de encarcelarme por hablar francés con una belga que conocí viajando de Coimbra (Portugal) a Salamanca durante las vacaciones de agosto del 68. Eran años de dictadura aún y no faltaban autoridades desafiantes.



Una de las páginas del pasaporte, y no era peluca lo que llevaba..., eran diecinueve años simplemente.



Anotaciones en mi pasaporte.

viaje, llegamos por fin a Ginebra. En la aduana nos confiscaban las botellas de coñac, anís y otros licores .Creo que solo podíamos pasar un litro. Fue entonces cuando del grupo se alzó una voz: “Muchachos, esta botella de coñac no se la beben los suizos y menos la policía, así que ir echando un trago hasta que se acabe”. Y la bebimos entre comentarios, risas y la mirada atónita de la policía.

En un amplio local de madera, con buena calefacción, tras desayunar, el jefe de la expedición iba proponiendo las ofertas de trabajo: “a ver, dos para la hostelería” y levantaban la mano dos adjudicándose la oferta. Estas eran variopintas. Las últimas serán las mejores, me aseguró Pascual. Yo me fié de él porque era mayor. Craso error, porque las últimas correspondían al trabajo de labranza y atención al ganado, motivo por el que precisamente abandoné mi aldea.

Con un sobre en la mano donde iban las señas del destino y el billete del tren, nos dirigimos a Berna y desde allí cada cual rumbo a su destino. Pascual se bajó una estación antes que yo. A ambos nos esperaba la tarea de labranza en unos caseríos aislados en las lomas verdeantes salpicadas de pinos. Cavar la tierra, ordeñar las vacas y limpiar el establo eran tareas cotidianas.

Llevaba un mes trabajando y debía de respetar el contrato de nueve meses pero la dureza del trabajo, sin interés para mi futuro, el intenso frío y los problemas con la lengua -hablaban alemán-, me llevó a planear la fuga. Cuando el ama de casa me entregó diez francos para viajar a Berna y tramitar en la embajada española unos asuntos, aproveché y salí con la maleta zumbando por la puerta trasera del corral.

En la estación de Berna pedí ayuda a una señora con un brazalete con los colores de la bandera española, para que me sacara el billete para París. Me dijo que no tenía dinero suficiente. Me quedé de piedra, sin saber que hacer. Rebusqué en los bolsillos y encontré seis francos que me habían sobrado de los que me dio el ama y se los entregué. Tras charlar un rato con la expendedora, no sé que negoció, pues al final consiguió el billete.

Llegué a la estación del Este, en París, a las once de la noche. “Taxi, taxi”, le pregunté a un empleado que empujaba un carro. “¿Eres español?”. “Sí”, le dije, “¿cómo lo sabes?”. “Se ve a la legua, yo también lo soy. La salida, por allí, y suerte, porque hay mucha gente buscando trabajo”. “Gracias, paisano”. A la salida un señor me hacía signo con la mano para que fuera a su taxi. “Qué amable es la gente aquí”, me dijo, te vienen a buscar y todo. Llegamos al lugar del destino, donde vivía mi hermana. “No quiero pesetas, francos o dólares”, me dijo el taxista. Chapurreaba italiano para que lo entendiera, y comprendí que eran veintiocho francos. Le dije que no tenía francos. En realidad no me quedaba un duro. No estaba mi hermana, pero una amiga me prestó el dinero. El muy canalla me estafó ya que la carrera, según mi hermana, oscilaba en torno a los ocho francos.

A los quince días comencé a trabajar de camillero en un pequeño centro hospitalario sin hablar una palabra de francés, pero lo aprendería a marchas forzadas. Una enfermera de unos veinticinco años, que me trataba como a un hermano, tenía siempre en su bolsillo un mini diccionario francés-español, para salir de apuros. Pero a los dos meses se incorporó la persona que sustituía por enfermedad. Encontré otro trabajo en la fábrica Citroën en la afueras de París, en Nanterre. El trabajo en la cadena de fabricación de piezas era muy duro; además, el calor de julio entre tanta máquina era sofocante y para llegar de los primeros al comedor, para tener al menos diez minutos para comer, había que salir a la carrera en cuanto sonaba la sirena, pero los veinte años podían con todo.

Habían transcurrido dos meses cuando recibí una carta de la directora del centro hospitalario ofreciéndome el mismo trabajo, pero ahora definitivo. No me lo pensé un segundo y regresé al quirófano. Le escribí a mi madre (pues era el ama de casa quien gestionaba la economía familiar) para decirle que por fin la suerte estaba conmigo, y desde entonces, cada mes le enviaba más dinero del que ganaba en la fábrica de muebles en Vitigudino. La directora, soltera y avanzada en años, me trataba como a un hijo y no cejó en su empeño hasta que conseguí una buena formación académica.

A los tres meses me operaron de una apendicitis y las/os, compañeras/os me regalaron un pijama, una pluma estilográfica y un diccionario francés-español, auténticos tesoros para mí. Aquel trabajo era coser y cantar.

Tras estudiar francés en la “Alliance Française”. Al cabo de dos años lo dominaba como el español. Lo primero que hice fue comprar una guitarra (el sueño de mi vida) y acudir al conservatorio cercano a mi domicilio. Durante dos años estudié solfeo y la técnica del instrumento y con el profesor pude conocer y escuchar al mito de la guitarra clásica: Andrés Segovia. Poco tiempo después, con otros emigrantes formamos un grupo musical. Nos presentamos al primer festival de la Canción del Emigrante en Europa, y ganamos el primer premio. Recuerdo que una persona del jurado era el famoso modisto español afincado en París: “Paco Rabanne”. Poco tiempo después, en esa misma sala, homenajeamos al ciclista Luis Ocaña tras su triunfo en el Tour de Francia.

Vivía en 1973 en Clamart, un municipio de los suburbios parisinos. Allí en la Casa de Cultura (pues todos los municipios disfrutaban de una, política fomentada por André Malraux, ministro de cultura del general De Gaulle) participaba a menudo con mi guitarra. Las piezas que toqué entusiasmó a una espectadora que me propuso ensayar con ella al piano para acudir al concurso para debutantes, “Le petit conservatoire de Mireille”, en la televisión francesa, y allí canté una canción al piano y otra con mi guitarra. Fue una experiencia fantástica, pero la cosa quedó ahí.

París era un hervidero de juventud española. Se estimó que en el distrito XVI, el más burgués de los veinte que tiene París, trabajaban en 1967 unas cuarenta mil españolas empleadas de hogar. Las españolas habían reemplazado en las porterías a las bretonas que se jubilaban. Lo español estaba presente en la vida parisina, como el jefe de personal del Hotel Ritz, José Estévez, un íntimo amigo de Fermoselle. En las avenidas en torno a la Tour Eiffel y el Arco de Triunfo se escuchaba el español por doquier, lo mismo que en el metro. Teníamos grandes salas de baile con sus respectivas orquestas donde nos agrupábamos los españoles: el *Bataclan*, el *Globo* y la del *Colonel Fabien*, donde acudían famosos de la copla como Antonio Molina, la Paquera de Jerez, Manolo Escobar, entre otros. También había restaurantes como la *Casa Pepe*, el *Sacromonte*, el *Catalán*. La Misión Católica ofrecía sus servicios religiosos celebrando bodas y bautizos. En sus dependencias en torno a un gran patio se ubicaban el restaurante y la sala de espectáculo y en el primer piso el club donde bailábamos y se exponían las obras de pintura de los emigrantes.

Formé parte de un segundo grupo musical con el que grabamos en los estudios Philips en París, pero abandonamos el proyecto y me dediqué por separado a participar en todos los centros de ocio de ámbito español. Participé con mi guitarra interpretando canciones en todas las Casas Culturales. Los emigrantes en París habían creado sus centros de ocio y cultura en locales



A la izquierda, con mi guitarra, en una de las primeras actuaciones para ir cogiendo práctica de cara al público con el primer grupo en que participé para terminar pocos meses después ganando, en 1973, el primer premio en el Festival de la Canción del Emigrante en Europa.



Al fondo, a la izquierda, tras ganar el primer premio del primer Festival de la Canción del Emigrante en Europa, celebrado en París en 1973.



Mi primera actuación con la guitarra, con atuendo verde, en el Club de la Pompe, la misión española donde se celebraban bodas y actividades culturales y religiosas.



A la derecha, con barba y pandereta, en una de las actuaciones en la Casa de España en París, a mediados de los años 80.

más o menos espaciosos, algunos eran salas cedidas por alguna institución religiosa (como la parroquia española en la *rue de la Pompe*) u otro organismo benéfico para celebrar actos culturales (danzas regionales, obras de teatro) en un ambiente típicamente español donde la gastronomía ponía el colofón. Los colectivos más numerosos tenían su propio centro como la *Casa de Galicia*, la *Casa Valenciana*, la *Casa de Extremadura*... donde se vivía el ambiente regional, con sus peculiaridades lingüísticas, astronómicas, y con el sol de España que todos llevábamos dentro. Cada año regresaba de vacaciones a España, en tren los siete primeros años, después en automóvil.

Gracias al apoyo de la directora que me ayudó cuanto pudo para que cursara estudios, conseguí el diploma de auxiliar de en enfermería y años más tarde el título de diplomado universitario en enfermería. Posteriormente me



DÍA	HORA	SALA	ACTIVIDAD
7 Sábado	17	S-1	CINE FORUM: Cito Richard Lenoir Proyección de la película: ROYAL FLASH Dulzura moderada por D. Enrique CLEMENTE
	1730	S-2	CURSO DE MARIONETAS PARA NIÑOS Programa abierto
	19	V. Alejandro	HOMENAJE A la gran ballarina española ROSA LUISA SALAS Programa abierto
8 Domingo	18	V. Alejandro	Curso de Historia del Arte español 2º - EL GREGO Ilustrado con diapositivas (Programa de 180)
	1730	S-2	CURSO DE MARIONETAS PARA NIÑOS Programa abierto
	19	V. Alejandro	EL PUEBLO, EL CAMPO Y SUS GENTES Película realizada por G. FALLO CARRETO Cena acompañada del actor
10	2030	Divya y Juan Mús	Cineasta de las expediciones de CLARA SCORNER y ROSA LUISA SALAS
	12 Jueves	18	V. Alejandro
14 Sábado	18	Divya y Juan Mús	Homenaje de la exposición de: M. LUISA MAGARRER
	17	S-1	CINE FORUM: Cito Richard Lenoir LES JOYEUX DÉBITE DE BUTCH CASSIDY ET LE KID Dulzura moderada por D. Enrique CLEMENTE
	1730	S-2	CURSO DE MARIONETAS PARA NIÑOS Programa abierto

Programa de actividades de la Casa de España en París. Mayo de 1983 y 09.

especializaría en técnicas del masaje. Tras cinco años de trabajo, la directora me propuso, con el visto bueno del cirujano principal, el cargo de jefe de quirófano, labor que realicé hasta que la directora se jubiló y yo marchase a trabajar a otros hospitales. Serían interminables las anécdotas que podía contar en aquel centro hospitalario, pero me quedo con una por su contenido humano.

Un día de tantos operamos de la vesícula biliar (digo operamos, porque a veces ayudaba al cirujano) a María, que era una empleada de hogar de unos cincuenta años. Era una mujer encantadora y vivía sola en París. Cuando podía me acercaba a su habitación para charlar y darle ánimos. “Félix, le voy a pedir un favor”. “Lo que quiera”, le dije. “¿Podría escribirme una carta a mi hijo que vive en Zaragoza?, porque no sé escribir”. Se me estremeció el alma. El contenido de la misiva era de lo más íntimo que uno puede revelar, como cuando le pedía a su hijo que se ocupase de la hipoteca del piso, de las cuentas del banco y otras intimidades con todo detalle. Fueron varias las cartas que le escribí hasta que, restablecida, volvió a su domicilio: una buhardilla en el séptimo piso sin ascensor de poco más de doce metros cuadrados.

La guitarra fue siempre mi aliada y siempre ofrecí mi participación dentro y fuera del trabajo. En el hospital Corentin Celton, donde realicé practicas de enfermería, participé en la fiesta anual que celebraban para las personas mayores, residentes sin recursos. Terminado el espectáculo donde

participábamos un grupo rumano de danza, un cantante acompañado del piano, y yo, se acercó un señor rondando los setenta años vestido elegantemente para darme las gracias. Era un español de Granada, refugiado de la Guerra Civil. “No tengo familia y estoy solo en este mundo”, me dijo, “y he podido revivir mi juventud y sentir los aromas de Granada, el vino y la guitarra cuando usted ha tocado la “Malagueña”. En ese momento he vuelto a ser el hombre más feliz del mundo y se lo agradezco de todo corazón”, terminó diciendo emocionado al borde de las lágrimas. Nos despedimos con un fuerte abrazo.

Años más tarde, trabajé en el hospital Foch en Suresnes, en un servicio de oncología; un local moderno y acogedor, apropiado para procurar confort y sosiego a una quincena de pacientes que acudían para someterse al tratamiento en ciclos de tres días, como último recurso para combatir el cáncer. Al terminar mi tarea nocturna y antes de regresar a casa, un domingo por la mañana, comencé a tocar unas melodías suaves en el hall aprovechando la extraordinaria sonoridad en medio del silencio absoluto.

Enseguida un paciente me solicitó para escucharme. “¿Conoce usted la “Malagueña”?”. “Sí, le dije”. “¿Tendría la amabilidad de cantármela?”. “Con mucho gusto”, y comencé a cantar. Cuando terminé me comentó que había pasado largos años en Suramérica como ejecutivo de una gran empresa francesa y que cuando acudía a cenar con su esposa a un restaurante siempre pedía a los músicos que le cantaran esta canción.

“Sé que me quedan pocos días de vida, y gracias a usted he vuelto a vivir uno de los momentos más felices. Se lo agradezco de todo corazón”, me dijo en un tono sereno y emocionado a la vez. Nos despedimos con un fuerte apretón de manos. Cito solo dos anécdotas de las muchas que podría contar en las que pude comprobar el extraordinario poder de la música para avivar las emociones más profundas del ser humano, y en casos como los citados, recuperar, aunque fuera fugaz, el sentido de la vida.

Fue en 1978, si la memoria no me falla, con la llegada de la democracia en España, cuando el gobierno español inauguró la Casa de España en París: un edificio amplio de cuatro plantas en un lugar privilegiado cercano a los Campos Elíseos. Allí creamos el grupo “El Cántaro” para interpretar música popular española, apadrinados por el director del centro, don Vicente Valero, y con Paco de la Rosa como líder del grupo, excelente guitarrista, músico y escritor. Nos prodigamos en todos las Casas y Centros Culturales en París. Recibimos también una invitación de los Centros Culturales en Londres donde actuamos durante tres días. Me resultaba entrañable escuchar a los hijos de los emigrantes españoles hablar un perfecto inglés. Fue el final de mi etapa musical.

En 1977 realicé un documental en súper 8 sobre la vida del campesino en mi aldea realizando todo tipo de labores a lo largo del año, que titulé “El Pueblo, el Campo y sus Gentes”. Lo estrené precisamente en la Casa de España (hoy Instituto Cervantes). Cuando me dirigía con mi coche a las siete de la mañana al trabajo me llevé una sorpresa al escuchar en Radio Exterior de España el anuncio de la proyección, citándome acto seguido. Pude presentarla en numerosas salas y centros culturales españoles con una excelente acogida pues, quien más, quien menos, se sentía identificado en dichas labores. La actividad cultural durante la primera década de la Casa de España, fue extraordinariamente pródiga en actos culturales de toda índole (cine español, teatro, música, esencialmente flamenca, conferencias de catedráticos en diversas ramas) y todo gratis; bueno, lo de “gratis”, sabemos que siempre lo paga alguien.

En 1973 con la primera crisis del petróleo, y la disminución del de empleo en Francia y otros países, muchos españoles regresaron a España con sus ahorros para montar algún negocio y desandar el camino, no siempre de forma satisfactoria, pues les esperaban más de diez años de profunda crisis en nuestro país.

En el hospital Broussais, donde cursé estudios de enfermería, conocí a doña Blanca Mora y Araujo, viuda de Miguel Ángel Asturias, premio Nobel de Literatura. Intervenida de una fractura de cadera, después de la rehabilitación, pasábamos largos ratos hablando de España, de su marido y de su vida en París. Recibía visitas de sus amistades a diario, pero me eligió a mí para que le escribiera varias cartas debido a sus problemas de visión. De nuevo, como con la señora María, tenía que redactar asuntos íntimos. Le escribí para consultar sobre sus cuestiones económicas a la editorial argentina Losada. También a un eminente oftalmólogo ruso para planear una posible intervención quirúrgica. Y a S.M. el Rey Juan Carlos I: le ofrecía donar el legado literario de su esposo para ubicarlo en Pollensa, ciudad mallorquina adorada por su marido. Me regaló todas o casi todas las obras de su esposo. En una de ellas firmó un autógrafo tratándome de profesor, porque le gustaba llamarme profesor. Nuestra amistad se prolongó en el tiempo.

Como me había especializado en masajes terapéuticos y de relajación, en 1983, una amiga me puso en contacto con la esposa del ex Primer Ministro de Giscard d’Estaing, Raymond Barre, que buscaba un masajista para sustituir al habitual, y permanecí a sus servicio hasta mi regreso a España en 1992. Apreciaba la sencillez del ex primer ministro cuando un sábado de tantos por la mañana, después de saludarnos e intercambiar unas palabras, acudía al mercadillo del barrio, sin escolta, para charlar con los tenderos, comprar las verduras y ponerse a los fogones para hacer la comida. Después le gustaba

**DOMINGO**  
**7**  
de Abril 1985  
a las 5 tarde

**La Asociación Valenciana de París**  
" EL MICALET "

LES INVITA A SU TRADICIONAL "FIESTA FALLERA"  
1943, QUE SE CELEBRARA EL DOMINGO 7 DE ABRIL  
DE 1985 ( a partir de las 5 de la tarde )

**en la SALA VALENCIA**  
110 Bd. Rochechouart  
75018 PARIS metro ANVERS

 PRESENTACION DE LA  
FALLERA MAYOR 1985 y  
Corte de Honor. QUE LUCIRAN  
EL TIPOO TRAJE DE VALENCIANA  
IMPOSICION DE BANDAS A LA  
Fallera Mayor y su Corte  
de Honor.

LOS VALENCIANOS DE PARIS, CELEBRAREMOS Y  
RECORDAREMOS EN ESTA FIESTA FALLERA  
**A LA NOSTRA AMADA TERRETA**  
Entrada Gratuita

Programa de la fiesta fallero en París, donde participé con mi guitarra. 7 de abril de 1985.

**PROGRAMA**

TENDRA LUGAR UN SELECTO PROGRAMA DE  
VARIEDADES EN EL QUE PARTICIPARAN ENTRE  
OTROS, LOS SIGUIENTES ARTISTAS

**FELIX CARRETO**  
( Canción )

**JOSE OCHAGAVIA**  
( Gran Tenor )

**LAS REVOLTOSAS**  
( Bailarán entre otras la jota valenciana )

**CHIQUI MORENO**  
( Canción ) (Española )

**LOS CALLEJEROS**  
( Rumba flamenco )

No faltará la poesía y música valenciana, cerrando el  
acto, el coro de EL MICALET, que interpretará  
el HIMNO REGIONAL VALENCIANO.

**Valencianos y Españoles**  
Residentes en París, como todos los años, no faltará  
a esta Fiesta Fallera.

DIRECCION ARTISTICA: CESAR RUIZ      PRESENTACION: RAMON SANCHEZ

**Entrada Gratuita**

Una de las muchas fiestas donde participé con mi guitarra en París.

aislarse para escuchar Beethoven que era su músico preferido. Su esposa que por motivos de rango político se había relacionado con el matrimonio real español, sobre todo con la Reina, me aconsejó que a mi regreso le escribiera de su parte si tenía dificultades para encontrar un empleo.

Había transcurrido un cuarto de siglo cuando regresé a España para consumir el sueño de todo emigrante. Pocos eran los españoles que permanecían en París, la mayoría eran ya padres de familia y sus hijos se quedarían en el país donde nacieron planteando a los padres una nueva disyuntiva al jubilarse: permanecer al lado de los hijos o regresar a España. Algunos optaron por una situación intermedia: época de verano en España y el resto en Francia. No todos regresaron a España pues a pesar del enorme progreso de nuestro país, Francia seguía ofreciendo mejores prestaciones sociales, entre otras cosas, aunque las vacaciones de rigor las pasaran en España.

A mi regreso en 1992, me encontré con una crisis económica incipiente, debiéndome adaptar, también ahora, a una estructura social muy diferente. Mi empleo serían contratos cortos y eventuales a pesar de mi formación. Le escribí al presidente del Gobierno, Felipe González y al Rey exponiendo mi situación y mi contribución al progreso del país como emigrante. La respuesta en ambos

casos fueron buenas palabras, incluso de elogio por mi pasado. Francia ya me paga la pensión de jubilación, pero como España le va a la zaga tendré que esperar por lo trabajado aquí. Al final, como en tantos otros casos, en España seguiría siendo el francés y en Francia el español. Estos son a grandes rasgos mi periplo como emigrante.

Los problemas encontrados por los emigrantes suelen ser muy similares, no obstante, hay una diferencia entre la emigración a Iberoamérica y a Europea. Para aquellos antepasados la distancia era una barrera, en algunos casos insalvable, con vistas al retorno; para los emigrados en Europa, sin embargo, el primer gran obstáculo fue el desconocimiento de la lengua del país de acogida, seguido de las diferencias y hábitos culturales, y también el clima (menos luminosidad, inviernos más largos y fríos).

Al final, todos o casi todos los emigrantes nos preguntamos, cuando el camino se ha andado ya, si mereció la pena emigrar. Quizá dependa de las expectativas de cada cual, pero supongo que para la mayoría la balanza será positiva. En mi caso concreto, aunque en el retorno no se hayan cumplido las expectativas fundadas, solamente por el hecho de haber ampliado mi cultura y mis conocimientos a través de una cultura inmensamente rica como es la francesa, el haber tenido la suerte de relacionarme también con personas relevantes de la sociedad y, por consiguiente, proporcionarme una visión más amplia del mundo que nos rodea... por supuesto que mereció la pena.



Con Luis Ocaña, ganador del Tour de Francia en 1973 (él a la izquierda, yo con barba), en la embajada de España en París, en 1988, el día que ganó el Tour Pedro Delgado.



Con mi gorro blanco en el quirófano ayudando al cirujano en el centro hospitalario donde comencé a trabajar recién llegado a París y donde, después de haberme formado y ejercido como jefe de quirófano, permanecí trece años.

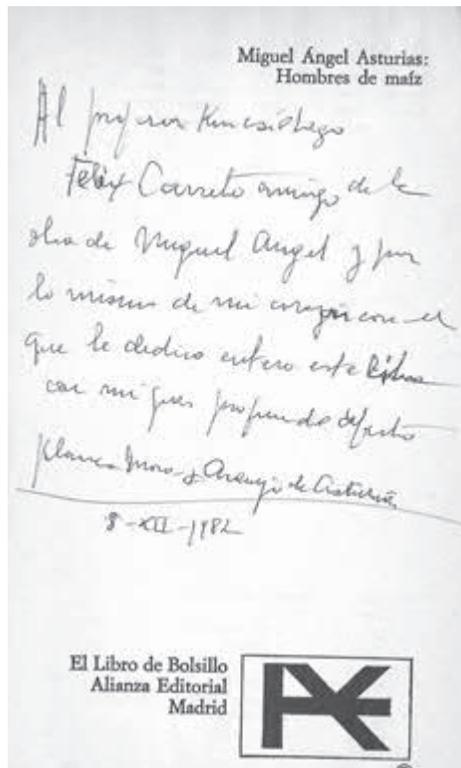


Portada del periódico interno de los hospitales de París donde se publicaban las actividades y eventos internos.



Interior del mismo periódico con noticia de la fiesta del otoño en honor de las personas mayores residentes en el hospital. En el programa, subrayado con bolígrafo, figura mi nombre.

Participando en una fiesta en el hospital Corentin-Celton de París, dedicado a las personas mayores.



Autógrafo que me dedicó doña Blanca Mora y Araujo, esposa del premio Nobel de Literatura, don Miguel Ángel Asturias.